

ROWAN WILLIAMS

ARRIO

Herejía y tradición

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Francisco J. Molina
sobre el original inglés *Arius. Heresy and Tradition*.

© Rowan Williams 1987, 2001
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1743-7
Depósito legal: S. 715-2010
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
INTRODUCCIÓN: Imágenes de una herejía	13

I

ARRIO Y LA CRISIS NICENA

1. ARRIO ANTES DEL ARRIANISMO	43
1. Orígenes	43
2. Los problemas de la iglesia alejandrina: el cisma meliciano	47
3. Los problemas de la iglesia alejandrina: obispos y presbíteros	56
2. LA CRISIS NICENA: DOCUMENTOS Y CRONOLOGÍA	63
1. La controversia hasta el 325	63
2. La <i>Thalía</i>	78
3. Nicea y su continuación	84
3. CONCLUSIÓN	101

II

ARRIO Y LA TEOLOGÍA

1. LA TEOLOGÍA DE ARRIO	115
2. ALEJANDRÍA Y EL LEGADO DE ORÍGENES	139
1. Filón	139
2. Clemente	148
3. Orígenes	156
4. Alejandría después de Orígenes	175
3. LA TEOLOGÍA FUERA DE EGIPTO	185
1. Antioquía	185
2. Metodio y Eusebio	195
4. CONCLUSIÓN	205

III
ARRIO Y LA FILOSOFÍA

1. CREACIÓN Y COMIENZO	213
2. INTELECTO Y MÁS ALLÁ	233
3. ANALOGÍA Y PARTICIPACIÓN	251
4. CONCLUSIÓN	269
EPÍLOGO (teológico)	273
APÉNDICE	
I. Arrio desde 1987	289
II. Credos	312
NOTAS	
Arrio y la crisis nicena	325
Arrio y la teología	355
Arrio y la filosofía	383
Epílogo (teológico)	395
Apéndice I: Arrio desde 1987	398
Apéndice II: Credos	401
<i>Abreviaturas</i>	407
<i>Bibliografía</i>	409
<i>Índice de nombres</i>	423

PREFACIO

A LA EDICIÓN DE 1986

Lenta e inexorablemente, este libro ha ido creciendo a partir de una inicial y breve indagación sobre el trasfondo de la herejía arriana, que asumí como respuesta a la invitación del profesor Henry Chadwick a revisar el importante trabajo de Rudolf Lorenz sobre este tema. Como suele suceder, lo que parecían puntos de referencia firmes se iban desvaneciendo en el transcurso de la investigación, de modo que la idea de escribir una obra más amplia se me fue haciendo más atractiva, aun cuando únicamente sirviera para clarificar mis ideas. No obstante, habida cuenta de la cantidad de trabajos nuevos sobre el arrianismo —tanto en este país como en Estados Unidos y el resto de Europa—, también me pareció una buena idea tratar de dotarlo de coherencia y de valorar hasta dónde me habían llevado mis indagaciones. Al final, había numerosos temas que no podían ser tratados adecuadamente dentro de los límites de este libro. He procurado indicar dónde existen «cuestiones pendientes», o dónde he aceptado una conclusión polémica que requeriría un planteamiento más profundo, esperando que haya mejores estudiosos y con más energía para ocuparse de esas cuestiones en la medida en que avanza la investigación.

No se trata exclusivamente de un estudio histórico. Como pone de manifiesto la introducción, rara vez ha existido un estudio «puramente» histórico de la controversia arriana. Esta obra, como otras, plantea algunas reflexiones, sobre todo en la introducción y en el epílogo, sobre la importancia para la teología de hoy de los temas tratados. Tal vez el historiador quiera omitir estas secciones, pero espero que no, pues creo que hay algunas cuestiones que tienen una gran relevancia metodológica. Asimismo, espero que el lector con intereses teológicos no caiga en la tentación de prescindir de la parte histórica, incluso (y esto es mucho pedir) de las reflexiones algo técnicas acerca de los antecedentes filosó-

ficos de Arrio: nunca —ni entonces ni en la actualidad— ha existido un debate tan puramente teológico que pueda prescindir de los condicionamientos sociales e intelectuales del lenguaje de la controversia.

Con mucho gusto hago público mi agradecimiento hacia las numerosas personas e instituciones que me han ayudado y sostenido en el proceso de redacción de este libro. Ya he mencionado el papel que desempeñó el profesor Henry Chadwick en la génesis de este estudio, y siguió siendo fuente de apoyo y de críticas constructivas a lo largo de ese periodo. Los profesores Timothy Barnes y Charles Kannengiesser también han dado muestras de su generoso y cordial interés, ofreciendo su tiempo para reflexionar sobre distintos temas; las discrepancias nunca han ensombrecido nuestra amistosa relación y he aprendido muchísimo de ambos. Como les ocurrió a otros, mis ideas sobre la cuestión arriana fueron confrontadas y ampliadas por el fecundo diálogo que tuvo lugar en el marco de la Conferencia patrística de Oxford de 1983, y he de dar las gracias a todos los participantes. El doctor George Dragas ha sido una valiosa fuente de información (prestándome con frecuencia copias de estudios griegos contemporáneos); por ello y por otras muchas razones le estoy muy agradecido. El canónigo Richard Young, de Chicago, y el reverendo Philip Ursell, de la Pusey House de Oxford, me ofrecieron amable acogida durante un año sabático. Mis antiguos colegas del Clare College, de Cambridge, me ofrecieron la ayuda y el apoyo de un conjunto de investigadores extraordinariamente amistoso y abierto, y la Facultad de Teología de Cambridge, en particular el departamento de Patrística, me dio mucho más de lo que puedo mencionar. La dedicatoria de esta obra expresa mi deuda con un colega en particular, quien ha asumido como suyo el tema de los orígenes de Arrio. Su trabajo, especialmente en torno al trasfondo filosófico de la controversia, ha sido uno de los puntos de referencia que no se han desvanecido; me ha proporcionado un criterio de comprensión y rigor del cual soy consciente en todo momento. Sus cuidadosas y probadas críticas han hecho grandes contribuciones a todo lo que he escrito sobre este tema. Además, no me cabe duda de la verdad del tópico de los agradecimientos: que ésta habría sido una obra mucho mejor si le hubiera hecho caso más a menudo.

Mi esposa no sólo ha tolerado durante cuatro años la invasión de nuestro hogar por numerosas figuras de los siglos III y IV, bajo la apariencia de montañas de libros y artículos, sino que ha ayudado a acelerar su marcha pasando a máquina la mayor parte de este manuscrito con

gran rapidez y exactitud, renunciando a quejarse, especialmente por las notas. Le doy las gracias. El personal de la editorial Darton, Longman & Todd me han alentado como siempre, y una vez más, gracias a sus consejos y a su amistad, han aliviado la pesada carga del autor.

En una época en la que hay un renovado resentimiento por desencuentros doctrinales en mi iglesia y en otras iglesias, así como mucha confusión respecto a lo que pueda significar ser «fiel» a la tradición de la Iglesia, es importante ser más consciente que nunca de los múltiples y a menudo esquivos factores que contribuyeron a formar dicha tradición. Espero que (tomando prestada la terminología de David Tracy) el «público» de este libro incluya a aquellos interesados por la salud y la honestidad de la iglesia, así como a «la academia».

A LA SEGUNDA EDICIÓN (2001)

Desde 1987, los estudios sobre el siglo IV han seguido floreciendo. La presente obra ha dado lugar a una amplia reflexión durante los últimos catorce años; y aunque habría que reescribir muchas de sus páginas y me gustaría abordar la cuestión en muchas áreas de un modo diferente, revisar el libro entero sería una tarea ingente. La generosa sugerencia de Alex Wright, de SCM Press, de hacer una nueva edición me ha permitido responder a diversas críticas y a reconocer los fallos, así como ofrecer nuevas pruebas en algunos casos para lo que considero que siguen siendo posturas justificadas. El apéndice del libro, *Arrio desde 1987*, trata de ofrecer una breve visión general de algunos avances en la investigación, así como de responder a algunos comentarios y críticas. Espero que este material adicional estimule aún más el debate y la reflexión. Doy las gracias a todos mis colegas que se han molestado en repasar la obra original, a los lectores y a los estudiantes que aún desean ocuparse de este tema, y a SCM Press por darle una nueva oportunidad de vivir. Al margen de los limitadísimos méritos del libro, debería quedar claro que las cuestiones de contenido y método aquí tratadas no son menos interesantes e importantes hoy en día que cuando la obra vio la luz por vez primera.

INTRODUCCIÓN

IMÁGENES DE UNA HEREJÍA

1

Con frecuencia el «arrianismo»* ha sido considerado la desviación cristiana arquetípica, algo que atenta contra el corazón mismo de la fe cristiana. Desde un punto de vista histórico, esto apenas resulta sorprendente: la crisis del siglo IV fue la más grave lucha interna que la iglesia cristiana había padecido hasta el momento. Dio origen al primer credo que reclamaba para sí un asentimiento universal e incondicional, y se vio entremezclada con cuestiones relativas a la autoridad de los gobernantes políticos en los asuntos de la iglesia. Posteriormente, también se vio implicada en las divisiones entre los romanos y los bárbaros en lo que había sido el imperio de Occidente: Roma fue saqueada por godos que habían adoptado lo que en aquel momento era la versión no imperial de la fe cristiana, y los gobernantes arrianos regían con dificultad los territorios conquistados con la ayuda de funcionarios romanos y católicos. Cuando terminaron las grandes turbulencias del imperio, el arrianismo había sido irrevocablemente identificado como «el otro» en relación con la religión católica (y civilizada). El mismo Arrio terminó por ser considerado como una especie de anticristo entre los herejes, un hombre cuya austeridad y espiritualidad superficial ocultaban una malicia diabólica, un enemigo declarado de la fe revelada. Esta imagen ya va tomando cuerpo en la obra de Epifanio, bastante antes de finales del siglo IV, y está claramente presente en los relatos posteriores sobre el martirio de Pedro de Alejandría, que ordenó a Arrio como diácono. A comienzos de la Edad Media, lo encontramos representado junto a Judas en el arte religioso (el relato

de su muerte en los autores de los siglos IV y V ya está claramente modelado sobre el de Judas en los Hechos de los apóstoles). Ningún otro hereje ha sido sometido a un proceso de «demonización» tan intenso.

Como ya he dicho, esto puede resultar poco sorprendente, dada la amplitud y la profundidad de los temas implicados en la crisis, tanto políticos como teológicos. Lo que más llama la atención es la manera en que los estudios modernos sobre Arrio y el «arrianismo» han seguido aceptando, de forma consciente o no, la imagen de esta herejía como lo radicalmente «otro», proyectando en ella principios teológicos o eclesiológicos que representen en ese momento la oposición a la corriente eclesial principal a la que el estudioso o intérprete dice pertenecer. Por supuesto, hasta hace relativamente poco tiempo, no muchos cristianos estaban preparados para negar o poner en tela de juicio que Nicea y su credo (revisado y aumentado) constituían los criterios fundamentales de ortodoxia. Así, si alguien deseaba justificar de algún modo su inquebrantable adhesión a Nicea, aun cuando la propia teología podía diferir significativamente de la de Atanasio y sus colaboradores, era preciso considerar que las ideas de Arrio no eran más que expresión de una fe totalmente defectuosa. Ciertamente, los investigadores no han necesitado prestigios alguna en este caso; antes bien, la combinación de la importancia de Nicea desde el punto de vista de la tradición y de la liturgia, por una parte, y de la larga historia de aquello que he denominado «demonización» de Arrio, por otra, es extraordinariamente poderosa. Quien se plantee reconstruir la vida y las opiniones de Arrio, ha de enfrentarse a ello y debe ser consciente de la tentación de equilibrar las cosas de una forma simplista, convirtiendo a Arrio en un héroe teológico. Soy consciente de que, en algunos momentos, no he logrado evitar las distorsiones en uno u otro sentido, y mi lectura del material sugiere diversas pautas de la vida de la iglesia alejandrina del siglo IV que recuerdan enormemente planteamientos de la experiencia cristiana contemporánea: conflictos acerca de la autoridad entre los representantes de la institución jerárquica y los líderes carismáticos de las asambleas, iglesias domésticas de distinta índole, conflictos sobre el adecuado uso teológico de la Escritura, etc., que son cuestiones sospechosamente actuales. En cualquier caso, nunca es fácil identificar el momento en que una anolo-

gía auténtica y esclarecedora se convierte en un lecho como el de Procusto, donde las pruebas son torturadas. Tanto lector como autor necesitan estar advertidos de ello.

2

Esto puede ponerse de manifiesto si contemplamos brevemente la variedad de estudios académicos sobre el arrianismo del último siglo y medio. El acercamiento crítico moderno comienza verdaderamente con el justamente aplaudido ensayo de John H. Newman de 1833, *The Arians of the Fourth Century* [*Los arrianos del siglo IV*], una obra reimpressa muchas veces que ha ejercido un enorme influjo en la investigación británica en particular. Newman reclamó acertadamente que había cierto grado de originalidad en su interpretación de las raíces del arrianismo: en un apéndice sobre «la escuela siria de teología» –añadido a la cuarta edición, publicada en 1874 (p. 403-415)–, llamó la atención sobre el hecho de que, hasta la década de 1830, lo normal era asociar el sistema arriano principalmente con el neoplatonismo, mientras que él lo había explicado desde la peculiar postura teológica y exegética de la iglesia antioquena. Por supuesto, los historiadores anteriores no habían ignorado las antiguas acusaciones de que Arrio era discípulo de las doctrinas del antioqueno Pablo de Samosata, y habían tenido en cuenta la posibilidad de que fuera discípulo de Luciano de Antioquía, el exegeta y mártir; no obstante, es cierto que se había insistido más en la influencia platónica. La obra *Ecclesiastici* de Cave, compuesta en 1683, aludía al principio neoplatónico de que una jerarquía de hipóstasis había configurado las ideas de Arrio en torno a las cuestiones trinitarias; siguiendo a Cudworth, Cave sostenía que el platonismo tardío había subrayado deliberadamente la subordinación de la segunda y tercera hipóstasis «por desprecio al cristianismo (al que el viejo esquema [de Platón y quizá de Plotino] se asemejaba demasiado)» (p. 44). Sólo al final de una prolongada disquisición al respecto, añade Cave que Arrio tenía cierta predisposición a estas ideas a causa de su periodo de discipulado con Luciano, el cual, al igual que Pablo de Samosata, enseñaba que Cristo era «un mero hombre» (p. 45).